

Ámense unos a lo otros...

Por Roberto Veiga González.

La bondad de Cristo y la comunión
entre sus discípulos: cimientos del perfil de
una publicación católica.

¿Cuál debe ser el perfil de una publicación católica? Me solicitó el Consejo Editorial de la revista que respondiera, en un trabajo, esta interrogante. Intentaré hacerlo. Para empezar debo indicar que, en mi opinión, debe ser un perfil católico. Si la publicación pretende catalogarse de católica, ¿qué otra identidad va tener?

¿Cuándo puede asegurarse una publicación que posee un identidad católica? –sería otra pregunta a responder. Sin embargo, para ello se hace imprescindible definir primero ¿qué es ser católico? Según *Lumen gentium*, en su No. 14, son católicos quienes están plenamente incorporados a la Iglesia desde el amor y, teniendo el Espíritu de Cristo, aceptan íntegramente su constitución y todos los medios de salvación establecidos en ella, manteniéndose unidos, dentro de su estructura visible, a Cristo, que la rige por medio del Sumo Pontífice y de los obispos, mediante los lazos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno eclesiástico y de la comunión.

Conforme a esta definición, una entidad puede considerarse católica si es fiel a Jesucristo y a Su Iglesia, tal como Él la ha constituido. En tal sentido, es posible afirmar que una publicación es católica si expresa su mensaje en y desde la Iglesia, es decir en plena sintonía con la fe de la Iglesia católica, y en comunión efectiva y afectiva con sus pastores legítimos, así como con toda la comunidad eclesial. En otras palabras, una publicación que se considere católica no puede prescindir jamás de un profundo y auténtico espíritu de comunión eclesial, en todas sus dimensiones.

Algunos cuestionan si dicho espíritu de comunión no se puede traducir en un límite fastidioso al libre análisis personal de los comunicadores católicos. Es posible responder que no tiene por qué traducirse en una restricción molesta. Un comunicador católico que haya escogido con entera libertad formar e informar desde una publicación de la Iglesia debe sentirse motivado a desarrollar, a través del ejercicio periodístico, la encarnación de la misma. Por otro lado, se ha de promover y respetar la pluralidad de discernimientos dentro de los contornos de la fe católica.

¿Cuáles son esos marcos de la fe católica? –sería una pregunta medular. Si volvemos a *Lumen gentium*, es posible afirmar que dichos contornos se concretan en la sustancia de la fe católica: el Evangelio de Jesucristo conservado íntegramente por la Iglesia, que se sintetiza en el amor. Entonces todo el quehacer del cristiano debe erigirse sobre el pilar del mandamiento nuevo que indicó Jesucristo: ámense unos a otros, incluso entre enemigos, como yo los he amado –nada más y nada menos que como Él nos amó, hasta la entrega de la vida-, para precisar: así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos. Y esta es la verdad que no dejó para que seamos, al decir Suo, libres y hermanos.



Esa es la verdad de Jesucristo, de la Iglesia, con todas sus implicaciones para la persona humana y la convivencia social, que debe constituirse en fundamento de cualquier publicación que aspire a calificarse de católica. Dicha verdad va más allá de exponer lo que se supone correcto -digo “se supone correcto” ya que toda apreciación, aun cuando medie el experimento científico, esta cargada de la subjetividad del analista y de todo un conjunto de circunstancias.

Para que la verdad libere, y constituya una actitud del hombre entero que habla respecto del hombre entero que lo lee, o escucha, tiene que ser una conducta muy amplia. Al valor y la claridad de decir la verdad es necesario agregar la sensibilidad (característica esencial de lo humano) para captar el estado del otro y comprender las posibles consecuencias negativas que puede generar el mensaje, así como el deseo de que las palabras sean captadas y acogidas debidamente para gestionar siempre el bien por medio del bien. El prójimo no es

simplemente un aparato receptor sino una persona, y eso demanda respeto a su dignidad, bondad con sus sentimientos y deseo de ayudarlo.

Este principio constitutivo de la verdad cristiana fue presentado, de manera distinguida y elogiada, por el cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, en París, durante sus palabras en la entrega del premio UCIP a la revista arquidiocesana Palabra Nueva, el 25 de diciembre de 1998.

El cardenal Ortega señaló que las publicaciones católicas no deben hacer de la posibilidad de expresarse un arma de combate, un alarido hiriente, un recuento amargo de lo que se ha callado por mucho tiempo. Asimismo, indicó la necesidad de ser fieles a la verdad sin pretender que todos acepten esa verdad como plena, sin ser intolerantemente verídicos, o sin hablar concluyentemente desde una cima de verdades infalibles, que se tornan así piedras de choque para el diálogo.

Precisó el arzobispo que cuando se pretende ser un instrumento de diálogo, y una publicación católica siempre debe proponérselo, no es tan evidente que todo cuanto juzgamos

verdadero se pueda decir de una vez. Y agregó que la reflexión capaz de llevarnos a encontrar juntos los caminos de la verdad, de la justicia y de la solidaridad, para facilitar la transformación de las conciencias y los corazones con el propósito de alcanzar ese cambio hacia lo mejor que todo hombre ansía, no debe concebirse como la tarea de levantar fortines, sino de tender puentes.

Esto, por supuesto, requiere mucha altura doctrinal y cultural, ética y humana. Pero sobre todo que dicha elevación se fundamente en el cultivo de la espiritualidad cristiana y en la promoción de una mística católica. Ello, como es lógico, es un proceso de toda la vida. Razón por la cual siempre padeceremos de incapacidades y límites.

Por ende, todo católico debe aferrarse a la humildad y a la comunión con sus hermanos cristianos, en busca del necesario consejo y aprendizaje, del imprescindible equilibrio y enriquecimiento, con el objetivo de proponerse una gestión más efectiva, o sea cristiana, en la cimentación del reino de Dios aquí en la tierra –lo cual, a su vez, deberá experimentar también en sus relaciones con el resto de la sociedad.

Eso será factible únicamente si la metodología empleada es auténticamente cristiana. La historia ha demostrado que los medios determinan los fines. No será posible una civilización del amor y la fraternidad si no se construye con amor y fraternidad. En ello tiene una gran responsabilidad cada cristiano, toda entidad de la Iglesia, cada publicación católica.

Al valor y la claridad de decir la verdad es necesario agregar la sensibilidad característica esencial de lo humano) para captar el estado del otro y comprender las posibles consecuencias negativas que puede generar el mensaje, así como el deseo de que las palabras sean captadas y acogidas debidamente para gestionar siempre el bien por medio del bien.